

Señora de rojo sobre fondo gris es una **bellísima narración** en la que un **prestigioso pintor**, sumido en una **grave crisis creativa**, va hilando ante su hija sus recuerdos más íntimos en un monólogo pleno de anécdotas que debemos suponer que ella ignoraba o apenas sospechaba sobre la familia, la pareja,... junto a otros hechos que conocía perfectamente, como el "funeral".

El pintor que **ha perdido la inspiración** cuenta a su hija la relación que tuvo con su mujer, recién muerta tras una operación. A lo largo de la obra se descubre cómo es la enfermedad de Ana, su mujer y su musa, la que le ha ido privando de ésta, ya que desde que comenzó su padecimiento no consigue volver a pintar nada nuevo.

Historia de un amor en carrera desenfrenada hacia la muerte y sobrecogedora semblanza de un personaje femenino.

El relato **se centra en dos acontecimientos**: la **detención de su hija y su yerno por motivos políticos** y, fundamentalmente, la **enfermedad y muerte de su mujer, Ana**, a los cuarenta y ocho años de edad. Ana contagiaba una sensación de belleza y plenitud que cobró su verdadero alcance sobre el fondo gris de lo cotidiano y los sinsabores de la enfermedad.

****El título del libro viene del nombre de un cuadro. Ana tenía simpatía por un viejo pintor, García Elvira, al que atendía tras haberse quedado viudo. García Elvira es el que la retrata: "fue en esa etapa cuando le pintó el famoso retrato con el vestido rojo. [...] eludió el fondo; únicamente una mancha gris azulada, muy oscura, en contraste con el rojo del vestido".**

Entonces es el narrador el que hace ver sus celos por el pintor, que intenta seducir a su mujer, y por su obra, pues no podía soportar que hubiese sido otro el que la captó en todo su esplendor.

"Entonces sí, entonces sentí celos del cuadro, de no haberlo sabido pintar yo, de que fuese otro quien la hubiese captado en todo su esplendor"



Ana desprendía tanta belleza y plenitud que iluminaba la grisura cotidiana y los sinsabores de su enfermedad, de ahí el desconsuelo del pintor tras su pérdida.

"La veía en el cuadro bella, grácil, desenvuelta...". Tal y como la veía en el cuadro la ve en la novela. Siempre muy próxima.

La personalidad del narrador impregna a la novela de un elemento continuado de desmesura en la evocación de su esposa.

Esta novela es sin duda un paralelismo entre su vida con su mujer Ángeles y las cosas que cuenta en la novela a cerca de Ana y su esposo el pintor (Miguel Delibes)

El libro es un claro homenaje a su esposa ya fallecida.

Narrado desde la primera persona -marido y pintor- Delibes cuenta la historia de una vida dedicada al arte y a la estética, a la suya y a la de su familia, a la protección de su marido y de su obra.

Es un retrato serio y personal de la vida de Delibes, permanentemente enamorado de Ángeles, una mujer idealizada a la manera romántica. Simplemente genial.

Sus páginas desbordan un gran romanticismo, sí, pero también complicidad, intimidad, un sabor entrañable, una idea de la felicidad frágil que se escapa, pero cuyo roce marca para siempre. Una profunda creencia en la naturaleza milagrosa del amor verdadero, ése al que seguimos aspirando. La novela es una auténtica reivindicación de un concepto del amor que pese a que no está de moda casi todos seguimos soñando con él.

“Con su sola presencia, aligeraba la pesadumbre del vivir”.

La hija a la que le cuenta “la historia de sus vidas”, había estado en la cárcel por conspiración contra el régimen. Y cada vez que recuerda las visitas que le hacían a Carabanchel surge la misma imagen: Ana, la primera, decidida, después Basilio, su cuñado, saludando a todos los presos políticos, que le devolvían el saludo gustosos; y después el resto de familiares.

Esta escena la evoca hasta tres veces, en igualdad de condiciones, aunque cada una corresponda a situaciones diferentes, quizá porque en el momento que escribió el libro (1976) estábamos en plena Transición.

El tumor cerebral que acabará matando a Ana va apareciendo poco a poco, y en cada capítulo se van apreciando los cambios que presenta. Narra cómo la actividad frenética de su mujer va disminuyendo a la vez que su capacidad creativa. Ella lo intuía, pero no pensaba que su carencia de creatividad fuera eterna ni que se debiese a ella. Hasta que un día, por fin se atreve a confesarle la razón: “Desde que enfermaste...”. Pero pese a la enfermedad, a su falta de ánimo, y pese a la pobreza creativa de su marido, Ella seguía fiel a la belleza.

Su esposa Ana, en el libro, y Ángeles en la vida real, era incapaz de rencores. Cuenta que en la pareja ella hacía un gesto:

“Se colocaba un hilo blanco en el dedo meñique para marcar sus enfados.

Si el hilo se caía, olvidaba sus motivos de enojo. Me absolvía. Estaba tan lejos del rencor, que a veces no recordaba por qué se había atado el hilo en el dedo”

El libro es también una narración sobre lo que el dolor o la incertidumbre hacen sobre el artista. La infelicidad lo interrumpe.

Reflejo de lo que le pasó a Miguel Delibes cuando su esposa Ángeles murió.

"Yo escribía para ella" cuando ella faltó me faltó la referencia, dejé de escribir, y esta situación duró años".

La novela es una reflexión muy poderosa y que nos compete a todos:

"Es algo que suele suceder con las muertes: lamentar no haberles dicho a tiempo cuánto las amabas, lo necesarios que te eran".

Aquí queda patente que es un sentimiento de pérdida muy hondo, donde **el olvido es imposible**. A veces silenciamos sentimientos que una vez que nos falta el ser amado es cuando nos damos cuenta de que ese amor se había vuelto una costumbre y que no habíamos reparado en sus efectos, silenciamos muchas emociones que tras la pérdida no somos quienes de hallar consuelo por haberlos silenciado.

En la novela también se insinúa que los artistas por lo general suelen estar muy pendientes de sí mismos. Es como si insinuara que siempre existe la vanidad en el artista, como si no fueran capaces de asimilarla e incluso controlarla.

El hecho de no poder replantearse el pasado aparece como una limitación **"es una de las limitaciones más crueles de la condición humana"**.

Ella decía:

"En el peor de los casos, yo he sido feliz 48 años; hay quien no logra serlo 48 horas en toda una vida".

La pareja se presenta como un **par activo/pasivo** surge como un acuerdo tácito en el matrimonio, dominando Ana todas las facetas de administración, relaciones públicas y domésticas... una aparente inversión de papeles -una trampa desde el punto de vista feminista- dentro de un matrimonio convencional:

"Y si yo no le pedí la gestión de nuestras cosas, tampoco consideré machista avenirme a que lo hiciera. La nuestra era una empresa de dos, uno producía y el otro administraba. Normal, ¿no? Ella nunca se sintió postergada por eso. [...] Declinaba la apariencia de autoridad, pero sabía ejercerla." (p. 41)

Ella se hizo indispensable y no es fácil olvidarla.

Sus palabras suenan a despedida y es que ésta era inminente:

"Ya no puedo hacer más".